

los árboles se están inmóviles, porque se saben ya dañadas de muerte y temen que el moverse sea el perecer; también el aire se está quieto, porque se sabe fuerte, y teme destrozar si se agita, y también el cielo se está sereno, porque sabe que, si admitiera nubes, saldrían de ellas lluvias temporales; y cielo y aire como que quieren asistir en silencio y con respeto al agonizar de las horas radiantes que se están muriendo.

Y mientras el estío agoniza, la ciudad renace; comienzan las fiebres del vivir y del pensar, y pasan por las calles carruajes y palabras, y empiezan a rodar de mano en mano y de cerebro en cerebro dineros e ideas.

Y van las gentes, bajo esta paz del cielo y esta quietud del aire, caminando de prisa, alta la frente y risueños los ojos y los labios, porque ésta es para todos hora de impulso y de comienzo de labor, y nada alegre más al hombre, mal que pese a sociólogos desengañados, que la perspectiva de trabajar en paz y con fruto.

Y en la hora de comenzarlas, todas las tareas parecen fáciles, y adivina el deseo, al fin de todas ellas, la justa recompensa.

Paco ha hecho ya su matrícula en la Universidad. No ha comprado los libros, pero piensa que

## IX

Pues, señor: tras no pocas vacilaciones sobre si el lazo de la corbata ha de ser nudo o mariposa, y sobre si es más fino o menos fino el perfume del agua de Colonia que el aroma del agua de la Florida... y sobre otros diversos particulares de este o parecido jaez, va Paco Trelles calle de Alcalá arriba en busca de la casa del señor Cascales.

El cuál es, además de diputado, rico, y vive en la plaza de la Independencia.

Serán, minuto más o menos, las cuatro de la tarde, y el día se duerme en esa placidez tibia, que es como tregua que el agonizante verano pide a los vendavales y celliscas de otoño, y que el otoño otorga casi siempre en Madrid. Son estos días, últimos de septiembre y primeros de octubre, como cristalizaciones de serenidad: diríase que es toda la jornada un largo crepúsculo. Las ramas de



las asignaturas no han de ser cosas del otro jueves. Todo lo que hasta ahora ha visto de Madrid le ha sabido muy bien, sin saberle precisamente a nuevo.

No ha salido de noche, porque los huéspedes de doña Cecilia no tienen costumbre de salir, y, además, porque su amigo Enrique le ha asegurado que todavía no hay nada que ver. ¡Deje usted que se abran los teatros y que venga la gente de rumbo! Visitó las Ferias, que le parecieron harto peores que las de León, y ha estado en el Retiro, que le gusta por eso..., porque es campo y le trae a la memoria la campiña ausente.

La risa de las niñas de Cascales, que tan desazonado le tuvo buena parte del día anterior, con el dormir se le ha olvidado, y hoy no se acuerda de la desazón. Además, ha observado que Mariquita le mira con buenos ojos. ¡Y no debe ser achaque de la vanidad, porque don Marcelo le mira con los ojos peores del mundo! ¡Pobre don Marcelo, qué fatigas pasa por el pícaro amor! Ultimamente regaló a la ingrata una toquilla roja, y ella, que sabe cuán bien le sienta el colorcito, puesto que es morena, hace del rojo trapo arma para altas lides de coquetería con todos, sí, señor, con toditos los huéspedes menos con el do-

nante, y más, mucho más que con todos, con Paco Trelles.

Que, por supuesto, sigue desdeñando aquel triunfo de poco más o menos, pero que, aun decidido a no aprovechar de él, le saborea; al cabo, la muchacha es linda como un sol, y... nunca amarga un dulce.

Pero, ¿quién piensa ahora en Mariquita? Las otras, las que va a visitar, son las que importan por el momento. Y mientras a casa de Cascales se dirige, va trazando todo un plan de conducta, de combate, piensa él, porque ha de haber combate sin remedio; claro está, las muchachas han de hacerse valer como quienes son, y de seguro que empiezan desdeñándole por aquello de ser ellas mujeres, y madrileñas, y bonitas, y elegantes a más no poder, y por aquello otro de ser él provinciano e inexperto y cuatro cosas más. Por lo tanto, hay que pertrecharse, y bien pertrechado, para salir del lance como el lance pide. Ya la cuestión de ropa, particular importantísimo cuando de mujeres se trata, si ha de creerse lo que afirma el amigo Alvarez, va en su punto y sazón. Como que todo lo que lleva encima, desde las botas de charol hasta el sombrero hongo, es flamante, recién comprado y de última moda; por



supuesto, corbata y calcetines de un solo color, ¡no vale confundir!

Y si a la ropa no hay que pedirle nada, ¿qué se le va a exigir al que la lleva? Paco, que en la casa de huéspedes a duras penas ha logrado atisbarse de medio cuerpo en el espejo de la sala, tan chico es él y tan oscura ella, se mira ahora de cuerpo entero — aunque soslayando las miradas por el bien parecer — en las lunas de los escaparates, y no se encuentra del todo mal; por de pronto, tiene más cuerpo que aquellos señoritos, y más soltura en el andar que aquellos otros, y hasta, si bien se mira, es más hombre que todos ellos juntos.

Nada; que por el lado de lo físico puede pasar; en cuanto a la parte moral, ya es otra cosa. Las niñas de Cascales serán, sin duda, un poquito orgullosas — burlonas ya sabe que lo son —, y tendrán cierto empaque, y hasta cierta tiesura, si a mano viene; pero, amiguitas, vénganme a mí con tiesuras y empaques; en primer lugar, que a dineros no me ganan ustedes, y si el orgullo está fundado en la diputación del papá, sepan que, andando el tiempo, ha de ser este que ven ustedes tan diputado como él, y, además, él lo es, porque al mío — que también tengo yo mi papá corres-

pondiente — le ha parecido bien que lo sea. Conque, señoritas, mal que les pese, y aunque les mortifique, estamos de potencia a potencia.

Con tales pensamientos, a Paco se le antoja la Puerta de Alcalá arco de triunfo levantado para él solito, y pasa bajo ella erguido y arrogante: que el cuerpo, eterno pregonero de los secretos del alma, apenas ella sueña triunfos, toma actitudes de triunfador.

Así entra en el portal, y sube la escalera, y llama al timbre. Un criado le pregunta su nombre: «Francisco Trelles», responde el preguntado; y aquel nombre, Francisco, que acaso pronuncia por primera vez en su vida, es para el mozo como súbita revelación. Entre sus sílabas, que le suenan a cosa nueva y rozagante, como que entierra su anterior personalidad. Aquel buen mozo que antaño se llamó Paco Trelles, franco y simpático si se quiere, pero al cabo de pueblo y a la buena de Dios, ya no existe: ha desaparecido del lado allá de la puerta, se ha hundido para siempre en el olvido, rodando, rodando escaleras de mármol abajo. Del lado acá, en el vestíbulo tapizado de paño rojo, frente a la luna del biselado espejo, está el señor don Francisco Trelles, muchacho elegante si los hay, que mira con desdén a los



criados y se dispone a conquistar, ¿quién sabe?, a las tres niñas de la casa. Por lo menos la rubia ha de pagar con creces la risita de marras.

— Dice el señor que espere usted un momento.

Paco se sienta; la estancia donde le han recibido es el despacho íntimo del señor Cascales: tiene el suelo de madera encerada; las paredes, pintadas de verde; el mobiliario es maravilla de buen gusto, hecho de roble claro, con formas cómodas y sencillas; en el ventanaje, que ocupa toda la pared del fondo, hay ligeras cortinas de muselina cruda. Por las estanterías corren filas de libros bien ordenados, y en un rincón propicio, que sabe a intimidad, se alza una gigantesca chimenea, en cuyo hogar — como aun no es tiempo de poner lumbre — hay una gran maceta de azaleas que está cuajada de flores blancas. También sobre la mesa hay flores blancas puestas en una copa de cristal.

A Paco le deja un poco frío la sencillez aquella. Él había imaginado de otro modo el lujo de las gentes de fuste. Grandes cortinas de terciopelo, muebles de nogal, con dorados, y en las paredes cuadros con buenos marcos y tapices; algo que, aunque mejor, se pareciese a los salones del ca-

sino en León y en Palencia, que también en Palencia ha estado él más de dos y tres veces.

Pues no, señor; en las paredes de este despacho no hay cuadros ni tapices; sólo sobre la chimenea, encuadrado por sencillísima moldura, está un retrato de mujer. Paco se acerca: es una miniatura finamente pintada sobre marfil; y el rostro de mujer que representa es dulce y bondadoso, aureolado por cabellos negros y envuelto en luz por una sonrisa que nace, más que de los labios, de los ojos entre verdes y azules; ojos que parecen prestar su mansa lumbre a toda la estancia, que es clara como ellos, y como ellos limpia. Paco piensa, y piensa bien, que representa aquella miniatura a la ya muerta señora de Cascales.

Volviendo a sentarse, advierte sobre una silla baja que hay junto al ventanal, un mundillo de encaje. Y esta segunda nota de feminidad habla más que cien páginas, puesta allí entre los libros arringlerados, que llevan títulos formidables, y la mesa cargada de papeles del señor diputado.

Que entra con la disculpa en los labios:

— Dispense usted, amigo, que le haya hecho esperar.

El señor de Cascales es simpático. Creo yo que aun no ha de haber cumplido los cincuenta años:



alto y delgado en demasia; lleva afeitado el rostro, que negrea bajo el cabello espeso, que empieza a blanquear. Paco le ha visto varias veces, allá en el pueblo, entre los electores; pero al hallarle aquí en su hogar, envuelto en aquella serenidad, a un tiempo cariciosa y correcta, parécele como si por primera vez le viese; y, en realidad, es el señor Cascales *otro hombre*, en cuanto, abandonados trajines mundanales, entra en su casa y se acoge al calor de la familia.

— Muy bien, amigo — dice a Paco, cambiados los saludos de ordenanza, que del corazón parecen salirle al buen señor —. Muy bien me parece esto de que usted haya resuelto venir a hacernos una visita. ¿Por muchos días?

Paco responde lo que hace al caso; la estancia ha de ser larga, puesto que viene para estudiar.

— Mejor que mejor; con eso tendremos ocasión de verle algunas veces y aun de probarle lo muy de veras que por acá estimamos a amigos como ustedes. Por de pronto, si usted no tiene en ello inconveniente, voy a presentarle a las niñas.

¡Qué ha de tener!

El señor de Cascales manda que avisen a las

señoritas. Paco se yergue, tose, disimuladamente se atusa la greña; en una palabra: se apercibe al combate.

— Verá usted, verá usted qué tres nenas; son mi alegría — dice el diputado.

Hay un revoloteo en la habitación inmediata; se oye a las niñas cuchichear, y, a poco, aparecen. ¡Qué salto le da a Trelles el corazón!

Si bonitas le parecieron en el Retiro, vistas de lejos, bajo la luz alegre de la mañana, ¿qué habían de parecerle aquí, a dos pasos de la luz armoniosa y bien templada de aquella habitación que parece hecha para marco y joyero de su gracioso encanto?

— Mis hijas. Paco Trelles, mi amigo.

Las niñas, una por una, vanle tendiendo las manos, y él, como en sueños, las estrecha; y al llegar a la de la rubia, que es más blanca que las otras dos y que tiene hoyuelos bien marcados, creo yo que aprieta más de la cuenta, y, habiendo acertado a levantar los ojos al rostro de ella, adivina, por un chispazo de malicia que se prende en sus ojos, que harto le ha conocido. Las hermanitas, si le conocen, nada dejan adivinar.

Volviendo a mirarlas ve Paco que la mayor no es tan blanca como a primera vista le había pare-



cido, puesto que su piel tiene reflejos dorados que, bajándole desde la frente, al mezclarse y fundirse con las rosas de las mejillas, forman el más lindo color de carne que sea posible imaginar; y como está de frente al ventanal, la luz espejea en sus ojos verdes, que ahora parecen brumosos y grises como de acero.

— Esta es Ana María, la madrecita — dice Cascales presentándola —, lo mejor de la casa por la formalidad.

La madrecita, que escasamente tendrá veinte años, sonrío, y su sonrisa es imagen fiel de la sonrisa del retrato. Paco piensa que la serena claridad del cuarto nace en su claro sonrío.

— Esta es Margarita, la segunda — Margarita es la pelinegra de los ojos castaños; se inclina, sonriendo, a ser posible, más bondadosamente que la hermana mayor —, y ésta, Asunción, la loca de la casa.

— Por Dios, papá — dice la rubia, compungéndose de mentirijillas —; no me desacredites; ¿qué pensará de mí el señor Trelles? No lo crea usted; soy, por lo menos, tan formal como Ana María.

— También tengo un pequeño; pero está en clase.

Las niñas se han sentado.

— Siéntese usted.

Y Paco, ante la caricia de aquellas tres miradas femeninas, que se cruzan sobre su frente, siente caer todas sus arrogancias, y siente cómo donde ellas caen se alza el más espantoso desconcierto.

Es decir, que él venía dispuesto a la batalla, y se encuentra sin enemigos; porque, ¡madre de Dios!, ¿con quién batallar en aquella casa de paz, donde se le acoge como a bienvenido, y como a esperado se le sonrío?

— ¿Qué tal le han parecido a usted las niñas?

— ¡Papá, por Dios! — sonrío Ana María.

— ¡Qué cosas tienes! — dice Margarita.

— Figúrate qué hemos de parecerle, ¿verdad, señor Trelles? — exclama Asunción, abrazando a su padre.

— Verdad — responde Paco, que ya no sabe lo que dice.

Y las tres hermanas se ríen a coro.

«¿Por qué se reirán?», piensa desconcertado. Y no comprende que se ríen porque son buenas y porque están contentas de vivir.

Suena el reloj.

— Las doce — dice Ana María levantándose —.



Con permiso de ustedes, es hora de almorzar y voy...

— El señor almuerza con nosotros — dice el padre.

— Ya lo supongo — replica la niña.

«¡Almorzar con ellos!», piensa Paco. ¡Imposible! Aquellas criaturas le tienen trastornado. ¡Si parecen mujeres de otro mundo! Si se atraganta y se ataruga, y está tragando hieles desde hace diez minutos.

— No, muchas gracias.

— ¡Cómo que no!

— No puedo.

— Si es que está usted invitado en otra parte...

— No.

— Entonces no hay remedio.

No hay remedio...

— Estaremos solos — dice Margarita compasivamente.

¡Solos, con ellas, válgame Dios!

El señor de Cascales va a quitarse la bata; siempre va al comedor muy compuesto para hacer los honores a las nenas. «Chochees de padrino romántico», dice Asunción.

Solos Paco, Asunción y Margarita, míranse ellas, míranle a él, tornan a mirarse, y se echan a reír. Él las mira a su vez muy enojado.

— No se enfade usted, señor Trelles. Nos reímos... nos reímos... — empieza Margarita.

— Vamos a ver — interrumpe Asunción —; pero, ¿de veras no nos ha conocido usted?

Paco balbucea:

— ¡Tanto como conocerlas!

— No sea usted hipócrita. Yo, en cuanto entramos, le conocí; pero como usted se hizo el desentendido... Vamos, que el lance tiene gracia.

Y vuelta a la risa, y vuelta al mal humor.

— Yo, señoritas, pensé que ustedes...

— En primer lugar, puede usted suprimir el señoritas. Yo me llamo Asunción, y esta, mi hermana, Margarita.

— Sí, sí; ya sé.

Hay una pausa; las niñas esperan que el galán hable; pero el galán no sabe qué decir. En el silencio, los minutos se prolongan, desarrollándose como vueltas de espiral. Al fin, Paco, como quien se tirase a un pozo, pregunta lo primero que se le ocurre.

— ¿Ustedes no han salido nunca de Madrid?

Leve sonrisa irónica contrae el rostro de Asunción. Afortunadamente, Paco, en aquel momento, está mirando a Margarita, que responde con el mayor aplomo:



— Sí, señor, muchas veces. Mientras vivió mamá, pasábamos los inviernos en un colegio; pero, cuando murió la pobre, papá quiso traernos para alegrar la casa. Desde entonces salimos con él todos los años.

— Y usted — pregunta la pequeña —, ¿es la primera vez que viene a Madrid?

— Sí, la primera — responde Paco, ruborizándose, como si se tratase de confesar un crimen.

Cascales vuelve, y vuelve Ana María.

— Vamos al comedor.

El comedor es grande, y tiene vidrieras de colores como una iglesia.

Allí Paco sufre una nueva presentación: la de mamá Teresa, señora paralítica y sorda, que es madre del señor Cascales.

— Mamá Teresa, este señor, el señor Trelles amigo de papá, que almuerza con nosotros.

— Muy bien, gracias, ¿y usted? — responde apresuradamente la paralítica. Y prosigue: — La familia buena; no hay de qué.

La pobre señora supone las preguntas que han de hacerle, y contesta por adelantado, en su afán de demostrar que oye perfectamente. Paco saluda. Mamá Teresa le escudriña; y él no está muy lejos de pensar que los ojos de la infeliz señora

tienen alfileres por miradas: tal le desazonan mirándole.

Ana María le señala puesto, enfrente del papá, entre Margarita y Asunción.

El suplicio comienza. En primer lugar, hay un criado tieso y correcto; después, sirven «como en las fondas», y le sirven a él el primero; ha oído decir no sé qué de modas en el comer y el dejar, y no sabe a qué carta quedarse; siempre resulta que se sirve muy poco, y aun de ello deja sin comer la mitad. Asunción le da bronca sobre lo desganada que está la gente de Puente-la-Piedra; a cada nuevo plato surge una angustia nueva; ¿con cuál de los tenedores, o cucharas, o cuchillos que a derecha e izquierda tiene dispuestos, se comerá aquéllo? Y siempre espera que alguno comience, y suda y agoniza. Aquel tenedorcito de tres puntas, que tiene el cuchillito parejo, ¿para qué servirá? ¿cómo han de comerse las alcachofas?

— No, no las quiero.

— ¿No le gustan a usted las alcachofas? — pregunta Ana María —. Aquí tenemos pasión por ellas; sobre todo, papá y Margarita.

Y Paco piensa que aunque estuviera cuatrocientos años aprendiendo a comer alcachofas, jamás alcanzaría aquella gracia y natural soltura



con que Asunción voltea las hojas verdes entre el cuchillo y el tenedor, y los dientes de rata y los labios de guinda. ¡Y qué retegraciosa está la niña chupando hojitas de alcachofa, y cómo charla, y cómo se ríe! Pero, ¿es posible comer con tanto requilorio y hablar al mismo tiempo?

Cascales advierte el silencio de Paco, y endereza la conversación a temas propicios; que la Universidad..., que los estudios..., que la vida en Madrid...; todo inútil. Ana María, que es muy mujer, y simpatiza con todas las delicadezas sentimentales, le habla del pueblo, de su casa...

— ¿Usted tampoco tiene madre? — pregunta suavemente.

Paco, tanto le agradece la buena intención, y tan penetrado se siente de simpatía hacia el alma compasiva de la muchacha, que casi tiene lágrimas en los ojos cuando responde:

— Tampoco: se murió hace tres años.

— Como la nuestra; ¡pobre mamá!

— Ella es la que quiso que yo estudiara; era muy buena; allí, la casa está como sin sombra desde que ella falta.

¿De dónde saca el mozo valor para tan larga perorata? Del manso sonreír de Ana María, que sabe buscar los caminos del corazón.

— Y su padre de usted, ¿por qué no ha venido?

— Mi padre está hecho al pueblo, y no podría vivir fuera de él.

— Es preciso animarle..., ocho días siquiera...

Mamá Teresa piensa que Paco está hablando con ella, y dice de pronto:

— Sí, señor; a Dios gracias, tengo buen apetito. Usted es el que parece desganado.

— No, no, señora — responde Paco.

— Es natural — dice la parálitica —; con estos calores se pierde la gana de comer. Niña — añade volviéndose a Ana María —, ¿por qué no sirven al señor un par de huevos pasados por agua?

La madrecita asiente:

— Sí, sí, mamá.

El lavafrutas es el último escollo de la comida. ¿Para qué servirá aquel tazón de vidrio lleno de agua?

Salvada la dificultad, gracias al método de la observación previa, Paco respira.

Margarita, en un extremo de la mesa, prepara el café. Mamá Teresa vuelve a su sitio, junto a la chimenea. Asunción charla con su padre. Mientras Ana María no le abandone... Parece, cuando



habla, que se siente en el corazón un vientecillo fresco que huele a flores, y cuando mira, las cosas que alma adentro andan revueltas y desquiciadas, como que vuelven a su quietud y se colocan en su lugar propio y definitivo.

Amparado por ella, poco le importan las risas de Asunción y Margarita, y hasta los tenedores de tres puntas y los tazones de cristal con agua. Volverá muchas veces, ya lo creo, sólo por oírla y por verla mirar con sus ojazos verdes.

— El señor Miranda — anuncia el criado.

Entra en el comedor un joven alto y bien vestido, que a todos saluda familiarmente.

Cascales le presenta, añadiendo a las palabras de ritual:

— Es mi futuro yerno. Para el mes de mayo se nos casa la madrecita.

La madrecita y el recién llegado se miran sonriendo, y a Paco se le rompe no sabe dónde, pero muy adentro, algo, no sabe qué, pero que duele mucho.

Y entonces, un poco entristecido, piensa en Elena y la quiere un momento con toda su alma.

## X

Hay que escribir al pueblo. Después del telegrama, el padre, y los amigos, y la novia, estarán esperando noticias e impresiones del ausente. Hay que escribir.

Paco se recoge a su cuarto, luego que Gutiérrez ha instalado en él el velador de la sala; el velador tiene un tapete de crochet con borlitas, y es en la sala sustentáculo de dos conchas de nácar y un álbum con retratos de familia. Gutiérrez recoge el álbum y las conchas, dobla el tapete, extiende un periódico sobre el desnudo velador, trae el frasco de tinta y dos mangos de pluma y vuelve apresuradamente al comedor, en que doña Cecilia, las niñas y los huéspedes amenizan la velada jugando al julepe. Gutiérrez tiene una suerte loca en el julepe; hay noches en que llega a ganar cuarenta céntimos, por lo cual es devoto ferviente de los